

DOMINGO 28 DEL TIEMPO ORDINARIO — CICLO A

El banquete de bodas del Rey

Is 25,6-10a · Sal 22 · Flp 4,12-14.19-20 · Mt 22,1-14

Esta tercera parábola cierra la trilogía que Mateo coloca contra los dirigentes religiosos —**el hijo que dijo "sí" y no fue, los viñadores homicidas**, y ahora el **banquete rechazado**—, pero lo hace con un giro de tono: ya no es solo denuncia, sino promesa.

Isaías 25,6-10a fundamenta esa promesa con una de las imágenes escatológicas más gozosas del Antiguo Testamento: Dios prepara un festín para todos los pueblos, "arrancará el velo que cubre a los pueblos", "aniquilará la muerte para siempre" y "enjugará las lágrimas de todos los rostros".

El salmo del Buen Pastor prolonga ese mismo clima de confianza: "preparas una mesa ante mí... mi copa rebosa".

Filipenses 4,12-14.19-20 aporta un fundamento distinto, más personal: Pablo agradece la ayuda material recibida en la cárcel y confiesa haber aprendido "a vivir en pobreza y en abundancia", porque su verdadera seguridad no está en lo que posee, sino en Cristo: "todo lo puedo en aquel que me conforta". Es la misma lógica del banquete leída desde la libertad interior de quien ya no necesita acumular para sentirse seguro.

Mateo 22,1-14 narra la parábola del banquete de bodas: los primeros invitados rechazan la invitación —algunos con indiferencia, otros con violencia contra los enviados del rey— y son sustituidos por "todos los que se encuentren en los cruces de los caminos". El relato añade un episodio final, el del invitado sin vestido de fiesta, situado al final de la parábola (vv. 11-13) es, según el exégeta U. Luz, "claramente una añadidura del evangelista o de una mano posterior", y el propio texto recuerda que en las bodas de la época jamás se exigía traje de fiesta a los invitados —dato documentado en fuentes históricas— Esta distinción no resta valor pastoral al episodio, pero exige leerlo como una aplicación eclesial posterior, no como parte del núcleo original de la parábola.

El fundamento hermenéutico que articula toda la propuesta es la categoría del "**corte**": en toda parábola hay un punto que rompe con la normalidad de la vida cotidiana, y ahí reside la clave de su enseñanza. Aquí el corte es evidente: resulta incomprensible que unos invitados respondan a la invitación de un rey apaleando y matando a sus mensajeros. Ese quiebre con lo verosímil es la señal de que el relato apunta a algo más que una anécdota social: a la historia del rechazo del Mesías y a la insistencia, pese a todo, de la invitación de Dios.

Temas principales

- La universalidad de la salvación: el banquete escatológico está abierto a todos los pueblos, no reservado a un grupo.
- El rechazo de los primeros invitados y el envío a "los cruces de los caminos" — inversión social de quién ocupa finalmente la mesa.
- La libertad cristiana frente a la posesión material, ejemplificada en la experiencia personal de Pablo.
- La exigencia de coherencia ("vestirse de fiesta") frente a la mera pertenencia institucional a la comunidad creyente.
- La imagen festiva del Reino como correctivo a una presentación empobrecida del cristianismo reducida a normas o doctrinas.
- El contraste entre los privilegiados que rechazan la invitación por sus "tierras y negocios" y los desposeídos que la acogen.

El banquete mesiánico-escatológico

La imagen de **Isaías 25** —festín, fin de la muerte, enjugamiento de las lágrimas— es una de las matrices veterotestamentarias más directas de la esperanza escatológica cristiana, y el texto la conecta explícitamente con la Eucaristía como "anticipo del banquete de bodas del Cordero" (cf. Ap 19), en una lógica de cumplimiento ya iniciado pero todavía no consumado.

El "corte" como categoría hermenéutica

La parábola se interpreta no por analogía directa con la vida cotidiana, sino por el punto en que rompe con ella. Reconocer ese quiebre —aquí, la violencia desproporcionada e inverosímil de los invitados contra los mensajeros— es la puerta de entrada al sentido teológico del relato: una denuncia de la historia real de rechazo al Mesías, no una lección de urbanidad social.

La autárkeia paulina

La afirmación de Pablo —"sé vivir en la pobreza y sé vivir en la abundancia"— recoge un ideal de autosuficiencia interior (conocido en la filosofía helenística como autárkeia) que Pablo resignifica cristológicamente: no es autosuficiencia estoica, sino dependencia total de Cristo ("en aquel que me conforta"), lo que la distingue de cualquier ideal meramente humano de desapego.

Opción por los descartados del camino

El envío de los criados a "los cruces de los caminos" para invitar a cualquiera que encuentren introduce una preferencia estructural: quienes ocupan finalmente la mesa no son los que tenían derecho adquirido a ella, sino los que nadie más había considerado dignos de una invitación.

Reflexión

El desarrollo parte de una observación metodológica explícita, cuando la Palabra insiste en un mismo mensaje —aquí, por tercera vez consecutiva, la denuncia del **rechazo religioso y la apertura de la salvación a otros**— conviene no esquivar la repetición, sino profundizar en los matices que cada nueva formulación aporta. **El matiz propio** de este domingo es el simbolismo del **banquete**, que desplaza el centro de gravedad de la denuncia hacia la **promesa**: el acento ya no recae solo en el fracaso de los primeros invitados, sino en la alegría insistente de un **Dios que no se resigna a una sala vacía**.

A partir de ahí, **una crítica explícita** a las formas empobrecidas de presentar el cristianismo —"reducido a una serie de verdades a creer o de normas a cumplir"— y sobre el riesgo de una predicación centrada en "acentos doctrinales o morales" que pierde "olor a Evangelio". La imagen del banquete funciona así como corrección pastoral concreta: **proponer la fe como fiesta y buena noticia antes que como exigencia**.

El desarrollo da luego un giro social, identifica a los primeros invitados como gente de "alta posición social y de mucho dinero", con "tierras" y "negocios", y a los finalmente convocados como los "vagabundos de los caminos". Esta lectura conecta explícitamente la petición del Padrenuestro —"venga tu Reino"— con la imagen de un banquete universal, y extrae una conclusión dura pero coherente con el conjunto: **"en el banquete de la comensalía y de la igualdad, no entrarán jamás los prepotentes"**.

Lo más provocador de este domingo es la **obstinación de Dios**. Un rey humano, desairado dos veces por sus invitados, no volvería a insistir; el Dios de la parábola sí. Ese detalle —"difícilmente un rey humano hubiera repetido su invitación una y otra vez"— convierte el relato en algo más que una denuncia histórica: es una afirmación sobre el carácter de Dios, que prefiere llenar la sala a cualquier precio antes que resignarse a celebrar la fiesta con las sillas vacías.

Igual de movilizador es el contraste social no se puede suavizar: los que rechazan el banquete no son los pobres ni los pecadores públicos, sino **quienes ya tienen** tierras, negocios, seguridad. La invitación final llega a **quienes nunca habían sido invitados a nada**. Hay aquí una inversión incómoda para cualquier lector instalado: la mesa de Dios se llena, estructuralmente, con quienes el mundo no consideraba merecedores de mesa alguna.

Ahora ... qué haremos?

- 1. Anunciar el cristianismo como fiesta y no solo como exigencia.** revisar el propio lenguaje de fe —personal, catequético o pastoral— para comprobar si transmite ante todo buena noticia y alegría, o se agota en normas y advertencias.
- 2. Salir a los cruces de los caminos.** buscar activamente, en el propio entorno, a quienes nadie suele invitar —los descartados, los sin lugar fijo— en vez de esperar a que se acerquen por sí mismos.
- 3. Examinar la propia libertad frente a la posesión.** tomar como referencia concreta la experiencia de Pablo —"sé vivir en la pobreza y en la abundancia"— para evaluar si la seguridad personal depende más de lo poseído que de la confianza en Dios.
- 4. Practicar la coherencia de vida como condición de la fiesta.** no confiar la propia salvación a la mera pertenencia institucional, sino cuidar que el estilo de vida corresponda efectivamente a la invitación recibida.
- 5. Ejercer honestidad exegética al leer y predicar la Escritura.** Distinguir entre el núcleo de un pasaje y las capas redaccionales posteriores, evitando forzar conclusiones que el texto original no sostiene.
- 6. Vivir la Eucaristía como anticipo real del banquete escatológico.** dejar que esa dimensión festiva y definitiva de la celebración dominical alimente la esperanza concreta durante el resto de la semana.